

El mensaje de la Trinidad Brian Edgar

•

La vida en Dios

•

Índice

•

Prefacio	13
Prólogo	15
Abreviaturas	19
Guía de estudio	21
Bibliografía	23
Introducción	31

PARTE UNO

La Trinidad del amor

1. El Dios de gracia, amor y comunión (2 Corintios 13:14)	49
2. Una bendición trinitaria (Efesios 1:1-14)	71

PARTE DOS

La Trinidad en el Antiguo Testamento

3. El Señor es nuestro Dios, el Señor uno es (Deuteronomio 6:4-9)	95
4. La sabiduría de Dios (Proverbios 8:22-31)	117
5. El Espíritu de Dios (Ezequiel 37:1-14)	141

PARTE TRES

La Trinidad en la experiencia y la enseñanza de Jesús

6. La encarnación: la venida divina (Lucas 1:26-56)	163
7. El bautismo: el otorgamiento de poder celestial (Marcos 1:1-14)	183

8. La misión: el encuentro espiritual (Mateo 12:15-32)	205
9. La enseñanza: el conocimiento de Dios (Juan 14:15-31)	227
10. La resurrección: comisionados para el discipulado (Mateo 28:16-20)	255

PARTE CUATRO

**La Trinidad en la experiencia
y en la enseñanza de la iglesia primitiva**

11. El día de Pentecostés (Hechos 2:1-47)	281
12. La experiencia cristiana (Romanos 8:1-17)	305
13. La comunidad cristiana (1 Corintios 12:1-11)	329
14. La seguridad cristiana (Gálatas 3:26-4:7)	355
15. La unidad cristiana (Efesios 4:1-16)	379
16. El Día del Señor (Judas 20-21)	405

Capítulo 1

El Dios de gracia,
amor y comunión

2 Corintios 13:14

•

¿Cuál es el versículo más conocido de la Biblia? Algunas veces he formulado esta pregunta a las congregaciones de iglesias donde he estado predicando, y también en las clases del colegio teológico donde enseñé. Por lo general, se presentan varias posibilidades, pero ninguna de ellas cuenta con mi voto. Ni siquiera Juan 3:16, probablemente el versículo más citado en las iglesias, ni el Salmo 23 que es el favorito de muchas tradiciones, o el Padrenuestro —al menos su primer versículo—, familiar entre muchos, incluidos los cristianos nominales que recuerdan haber aprendido “a decir sus oraciones”. Creo que “la gracia” o “la bendición” —*La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros*— es el ganador del título de versículo más conocido de todos. Se ha pronunciado al principio, en medio y al final de los cultos de adoración por todo el mundo, y se ha vuelto familiar para los cristianos a lo largo de los siglos, en todo lugar y para las personas de cada tradición de la iglesia, ¡aunque no puedan identificarlo como versículo de la Biblia!¹

Aunque ninguna otra declaración paulina haya tenido la función históricamente relevante de este versículo, no es la única afirmación trinitaria que se puede encontrar en los escritos de Pablo, por no decir en la totalidad

¹ Algunas versiones tienen estas palabras de Pablo como versículo 13, tras la versificación introducida en las versiones griegas e inglesas en la década de 1550. Otras, sin embargo, tienen como versículo 13 “Todos los santos os saludan” en vez del versículo 12b, y la bendición aparece en el versículo 14.

de las Escrituras. Pablo habla con frecuencia en una forma triple cuando explica aspectos específicos de la vida cristiana. Al referirse a la *oración*, instó a los romanos a que se unieran a él en oración “a Dios”, “por nuestro Señor Jesucristo” y “por el amor del Espíritu”. En el ministerio de los *dones*, apeló a los corintios para que reconocieran el papel del “Espíritu”, del “Señor” y de “Dios”. Cuando consideró la *elección*, les recordó a los tesalonicenses que fueran conscientes de la forma en que “Dios... escogió” a las personas por la obra del “Espíritu” para que “alcanza[ran] la gloria de nuestro Señor Jesucristo”. Y cuando consideró la extensión de la *salvación*, argumentó en su carta a los Efesios que por medio de Cristo Jesús todos “tenemos nuestra entrada al Padre en un Espíritu”.² Pablo relaciona cada parte de la vida cristiana con la Trinidad y, después, en esta bendición, en tres frases sucintas lo resume todo en la única declaración trinitaria más importante de la fe cristiana.

Cada una de las tres frases de la bendición trinitaria de Pablo asocia un atributo de Dios con un miembro de la Trinidad. Después, los pone en un orden que refleja la experiencia del creyente, es decir, que por medio del encuentro con la *gracia de Cristo* hemos llegado a conocer el *amor de Dios* y, así, participamos de la vida divina y la *comunión por medio del Espíritu*. La gracia no es, por supuesto, exclusiva de Cristo, sino que también procede del Padre; el amor no se limita al Padre ya que también es un atributo de Cristo; y la comunión no se encuentra tan solo en el Espíritu, sino también en Cristo.³ Sin embargo, las conexiones se hacen de un modo muy adecuado, ya que describen la obra distintiva y primordial de cada persona de la Trinidad. Entenderlas de forma adecuada profundiza nuestra relación con Dios. En la actualidad, es un problema que muchos cristianos no piensen o no hablen en términos de la Trinidad. Esto afecta a su experiencia real de Dios. La adoración, la oración y el discipulado personal, así como la vida de la comunidad y la misión de la iglesia, serán enriquecidos cuando los cristianos se relacionen con Dios como Padre, Hijo y Espíritu, y no solo como “Dios” o “Señor”.

1. La gracia del Señor Jesucristo

La primera de las tres frases de la bendición alude a *la gracia del Señor Jesucristo*. En el original en griego, la bendición no tiene verbo y, por consiguiente, puede interpretarse como una oración para que la gracia del Señor Jesucristo *pueda* estar con todos vosotros o como declaración

2 Ro. 15:30; 1 Co. 12:4-6; Ef. 2:18; 2 Ts. 2:13-14.

3 Ver 2 Co. 1:12; 5:14; 2:17; 5:17; 13:5.

que afirma sencillamente que la gracia del Señor Jesucristo *está* con todos vosotros. También es posible, y probablemente sea mejor, combinar ambas cosas y entenderlo como una oración⁴ que expresa la confianza de que Dios lo cumplirá. En realidad, solo es posible cumplir las instrucciones de los versículos anteriores (*regocijaos, sed perfectos, confortaos, sed de un mismo sentir*), y del conjunto de la carta, por el poder de la gracia que viene de Dios, en Cristo Jesús. En las tres partes de la bendición, el énfasis recae sobre *Dios* y lo que Él hace, un hincapié que pertenece a la vida y el discipulado de todo cristiano.

a. *Experimentar la gracia de Dios*

¿Cómo entendemos la palabra “gracia”? ¿Qué subyace en este término que aparece 155 veces en el Nuevo Testamento, incluidas 100 veces en Pablo? La gracia (*járis*) forma parte de una serie de palabras derivadas de la raíz griega (*jar*) que, en la literatura contemporánea, aludía a las cosas que producen bienestar, como “bondad”, “belleza”, “gracias” y “favor”. Los judíos de habla griega, que tradujeron el Antiguo Testamento en algún momento anterior al nacimiento de Cristo, pensaron que *járis* era una palabra adecuada para traducir la ayuda recibida de alguien que ocupa una posición superior, y que viene en ayuda de otro más débil. Esta es la clase de ayuda, salvadora de vida, que recibieron las personas hambrientas de mano de José, primer ministro del faraón; el generoso e inmerecido honor que el rey Saúl le ofreció al pastorcillo David; y el rescate procurado por la viuda Rut en su momento de necesidad.⁵ En el Nuevo Testamento, se usa el término de un modo distinto para describir específicamente el poder o el favor que fluye de Dios a las personas y las capacita para creer y ser salvas. Pablo concede un lugar central a este término en su teología, y lo llena de un sentido que no puede divorciarse de la salvación que Jesucristo trajo a la humanidad. La gracia es totalmente inmerecida y, sin embargo, se recibe de forma gratuita de parte de Dios, quien nos salva por medio de ella. Esta gracia es personal, procede de Jesús, toca a las personas y cambia las vidas. Es la gracia la que acoge al hijo pródigo al volver a casa; la que concede que hasta el obrero que ha llegado el último cobre todo un día de salario; y la que no perdona siete veces, sino setenta veces siete.⁶ En un mundo en el que no existe una comida gratis, donde todos aguardan —y esperan— conseguir aquello que

4 Como en otras bendiciones y despedidas; ver Ro. 15:5, 13; 1 Ts. 3:11-13; 5:23.

5 Gn. 47:25; 1 S. 16:22; Rut 2:2.

6 Lc. 15:11-32; Mt. 20:1-16; Mt. 18:22.

merecen, llega el don gratuito casi incomprensible de Dios, ofrecido a todos de manera incondicional.

En primer lugar, observamos el *medio* por el cual funciona esta gracia. La gracia de Dios obra en nuestras vidas creando fe. Como Pablo lo expresó: “Por gracia habéis sido salvados... por medio de la fe” (Ef. 2:5, 8). Muchas personas consideran que esta es una de las declaraciones más profundas de la fe cristiana. En mi propio viaje de fe, sigo recordando gráficamente el momento del esclarecimiento repentino que se produjo, siendo yo un adolescente, cuando leí una y otra vez este pasaje. Aunque me había criado desde niño en la fe, seguía siendo necesario que yo entendiera, como todos los cristianos, la seguridad y la paz involucradas en conocer la diferencia entre ser salvo “por gracia” y ser salvo “por medio de la fe”. Ser salvo “por gracia” afirma con claridad que la salvación depende de la acción de Dios en Cristo y, por tanto, que descansa con firmeza en Él. Salvos “por medio de la fe” declara que el medio usado por Dios para conseguir esta salvación es la fe del creyente. Sin embargo, es importante no convertir este don de fe en un logro humano, como si yo fuera salvado por *mi* fe, que *yo* creo y tengo en Jesús. Como asevera Pablo, “esto [esta fe] no... de vosotros, sino que es don de Dios” (Ef. 2:8). Los intentos autogenerados y sostenidos de fidelidad son fútiles. La autosalvación no es posible.

En segundo lugar, debemos observar la *riqueza* de esta gracia. En Efesios se describe de modos diversos como “rica”, “abundante”, “incomparable e “inescrutable”.⁷ El Señor Jesús lo describió como un tesoro escondido, o una perla única de inestimable valor por los cuales el sabio o la mujer lo dieron absolutamente todo. Por una parte, este gran don de Dios se da de manera gratuita, es la clase de amor inmerecido e inesperado. No se vende ni se puede comprar, ni exigir. Solo se puede aceptar con gratitud y alabanza. Por otra parte, aunque la gracia es gratuita, no es barata. Es muy costosa, porque busca una respuesta que atañe a la totalidad de nuestra vida. Pero es un don que merece la pena recibir, y la renuncia a aquellas cosas contrarias a la vida con Cristo no es una pérdida real. El dicho del misionero Jim Elliot, que fue martirizado, es ciertamente verdad: “No es necio quien renuncia a lo que no puede guardar para ganar aquello que no puede perder”. Sin embargo, incluso entonces, en el acto de compromiso que cada cristiano realiza, debemos recordar que es Dios quien obra en nosotros y que el énfasis está sobre lo que Dios hace y no

⁷ Ef. 1:7-8; 2:7; 3:8.

sobre lo que nosotros podemos hacer. Todo cristiano está llamado a dar testimonio de esto, pero cuando lo hacemos resulta útil recordar que no somos los abogados de Dios que argumentamos bien en su favor, sino sus testigos que nos limitamos a indicar lo que la gracia ha hecho.

En tercer lugar, es necesario entender la *amplitud* de la gracia para el conjunto de la vida: expresa la totalidad y lo completo de la salvación para toda la persona, en todos los tiempos y en cada circunstancia. En la vida cristiana, nada queda fuera de la órbita de la gracia de Dios. La totalidad de la persona, en cada dimensión de su vida y de su ser —física, emocional, espiritual y mental—, es salva por la gracia de Jesucristo. Todo está impregnado de la gracia de Dios y la vida cristiana no solo empieza por la gracia, sino que debe continuar con ella porque, como descubrió Pablo en medio de las debilidades, las dificultades, las persecuciones y las calamidades de todo tipo, solo la gracia es suficiente para todo.⁸ Como concluye el famoso himno de John Newton: “su gracia siempre me libró y me guiará al hogar”. Esto no significa que la vida será perpetuamente fácil. De hecho, no suele ser fácil hablar de la gracia de Dios a aquellos que sufren. Sin embargo, una y otra vez, en tales situaciones, han existido pruebas tremendas de la gracia de Dios, en ocasiones sanando, otras sencillamente alentando o fortaleciendo a alguien que sufre, pero mostrando claramente que cada situación está abierta a la obra de nuestro amoroso Dios por gracia. Cuando las personas se preguntan por qué les ocurren cosas malas a las buenas personas, suelen echarle la culpa a Dios. Una pregunta igualmente relevante que se formula con frecuencia es la razón por la que a las malas personas les suceden cosas buenas. La respuesta es la gracia, y la naturaleza de Dios se entiende mejor como algo que se expresa en gracia, y sobre todo en *la gracia del Señor Jesucristo*.

b. Conocer al Señor Jesucristo

Pablo vincula la gracia de un modo tan íntimo y exclusivo con Cristo que se podría decir que Cristo *es* gracia. El apóstol inició su primera carta a los Corintios con esta idea cuando agradeció a Dios su gracia “que os fue dada en Cristo Jesús” (1 Co. 1:4). Amplió este tema en la segunda carta y les recordó que la gracia que viene a nosotros de parte de Jesús va precedida por una encarnación que, en sí misma, era un acto profundo de autohumillación y sacrificio por gracia: “Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, sin embargo, por amor a vosotros se hizo pobre, para que vosotros por medio de su pobreza llegarais

⁸ Ver 2 Co. 6:1-9; 12:9.

a ser ricos” (2 Co. 8:9). Nunca exageraremos al estimar la importancia de este asombroso hecho. En primer lugar, nos revela el verdadero carácter de Dios; muestra que el Creador eterno, infinito y todopoderoso del universo estuvo dispuesto a dejar a un lado la gloria divina y participar del mundo que Él creó. En segundo lugar, demuestra que el cristianismo es único, porque define la naturaleza de Dios en relación a una persona histórica, temporal: Jesucristo. No sorprende que algunos de los que vivieron en la época del ministerio y de la muerte de Jesús de Nazaret sintieran que identificar del modo que fuera al Dios eterno con este ser humano específico era una escandalosa blasfemia o una absoluta locura.⁹ Sin embargo, esta es precisamente la intención de la primera frase de la bendición de Pablo y se debe reconocer como una idea absurda, de no ser porque su origen está en el corazón y en la voluntad de Dios, y no en la imaginación humana. Es la encarnación la que compone el núcleo central del cristianismo trinitario, y esto distingue claramente al cristianismo de cualquier otra creencia teísta, y así hace que sea imposible afirmar que “todas las religiones son iguales” o que “todas adoran al mismo Dios”.

La persona particular, histórica, de Jesús de Nazaret se describe, por fe, como el *Señor Jesucristo*, un nombre trinitario en cada una de sus tres partes. Primero, aunque el término *Señor* (*kúrios*) puede usarse en un sentido no religioso, también puede ser mucho más que un mero título diferencial como “señor”. Los judíos solían decir *kúrios* en lugar de pronunciar el nombre, demasiado sagrado, de Dios (Yahvé). En los Evangelios, *kúrios* solía designar a Dios así como a los amos de esclavos y poseedores de propiedad, y su ambigüedad permite a los oyentes hacer su propia interpretación.¹⁰ Sin embargo, para Pablo, cuando se aplica a Cristo, es claramente una atribución de naturaleza divina que requiere un profundo conocimiento espiritual, porque “nadie puede afirmar ‘Jesús es el Señor’, de no ser por el Espíritu Santo”.¹¹ Tiene una relevancia trinitaria por cuanto identifica al *Jesús* humano con el *Dios* eterno, por medio de la obra del *Espíritu* divino. En segundo lugar, los cristianos primitivos no hacían distinción entre el bautismo de los creyentes en el nombre de *Jesús* (que significa “salvador”) y el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.¹² Entendido de la manera correcta, el nombre de Jesús implica todo lo que está contenido en este último, porque Jesús es la verdadera revelación de Dios. En tercer lugar, el añadido del título

⁹ Jn. 19:1-16; 1 Co. 1:19.

¹⁰ P. ej., Mt. 1:20; 10:24; Lc. 1:66; 19:34.

¹¹ 1 Co. 12:3. Ver asimismo Ro. 10:9; Fil. 2:11.

¹² Hch. 8:12; 10:48; Mt. 28:19.

Cristo también tiene una dimensión trinitaria. *Jristós* es la versión griega del hebreo “mesías” (lit. “el ungido”), que alude a aquel que se esperaba para cumplir la expectación escatológica judía de que Dios vendría un día y rescataría a su pueblo. El bautismo de Jesús demuestra que Él es el ungido, el mesías, cuando el Espíritu desciende y Jesús fue declarado el enviado del Padre.¹³ En otras palabras, como expresó Basilio de Cesarea (330–79 aprox.): “Nombrar a Cristo es confesar la totalidad de la Trinidad”.¹⁴

Llamar Trinidad a Dios es afirmar que Dios vive eternamente como Padre, Hijo y Espíritu, no como tres Dioses ni como un mero Dios con tres nombres. Dios es el Padre, el originador de todas las cosas, el Creador trascendente y el Señor del universo, y también el Hijo, el participante encarnado, histórico de la vida humana, y, finalmente, el Espíritu de vida y amor siempre presente. En Jesucristo, tenemos una ventana a Dios que nos permite ver y entender algo de esta asombrosa naturaleza divina, y Él mismo es verdadera y plenamente Dios. La extraordinaria naturaleza de esto se acentúa en que esta revelación de Dios en Jesús culmina en su muerte. Aun siendo trágica y producida por el pecado humano, también es sabiduría de Dios y no una muerte sin propósito. En otras palabras, la gracia de nuestro Señor Jesucristo no es algo que relacionar con esta vida, sino también y en especial con su muerte y con los propósitos de Dios. Se le llame como se le llame, el epítome de la gracia, el sello distintivo del evangelio, la característica que define la naturaleza de Dios, el punto culminante de la salvación, la verdad más extraordinaria que el mundo conoce; sin embargo, cualesquiera que sean las palabras es el hecho de que el mayor don de gracia de Dios llega a nosotros por medio de la muerte de Jesucristo. La salvación del mundo y el rescate de los que están aislados de Dios tienen lugar “gratuitamente por su gracia [de Dios] por medio de la redención que es en Cristo Jesús a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por su sangre a través de la fe”.¹⁵ En ocasiones, esta conexión con el sacrificio de Cristo es fácil de recordar en inglés al tratar el término como un acrónimo: God’s Riches At Christ’s Expense [Las riquezas de Dios a expensas de Cristo].

La extraordinaria verdad de esta expiación debería seguir asombrándonos, porque es un reto para la forma en que cada ser humano considera las cosas. Había una iglesia que estaba acometiendo la remodelación del interior de su edificio, incluida la restauración de sus obras de arte.

¹³ Dn. 9:25, 26; Jn. 8:26, 28; He. 8; Jn. 18:36; Ap. 17:14; Hch. 10:38; Lc. 4:16-19; Is. 61:1-2.

¹⁴ On the Holy Spirit, en P. Schaff y H. Wace (eds.), *The Nicene and Post Nicene Fathers of the Christian Church* (Eerdmans, 1978), 12, 116.

¹⁵ Ro. 3:24; ver también 5:15-21; Ef. 2:7; 1 Co. 1:18-31.

Los trabajos se realizaron de una forma hermosa, y todos estaban muy complacidos, salvo que a algunos les chocó ver el crucifijo que mostraba un cuerpo retorcido y a Cristo claramente en medio de su agonía física y espiritual. Les incomodó tanto que pidieron que fuera retirado. Cuando se les preguntó por qué, respondieron: “Queremos a un Cristo hermoso”. Aunque en ocasiones nos pueda molestar, en la muerte de Cristo descubriremos la mayor verdad: que la gracia de Dios llega por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió precisamente para que nosotros no tengamos que hacerlo.

2. El amor de Dios

La gracia que se demuestra en Jesucristo revela el gran amor que Dios tiene hacia el mundo. Dicho de un modo simple, Dios te ama, ¡Jesús lo demuestra! De esta forma, la teología de la segunda frase de la bendición de Pablo, en la que ora para que *el amor de Dios* fluya a la perfección desde la primera parte de la oración por *la gracia del Señor Jesucristo*. Al reunir estas dos frases sobre la gracia y el amor, Pablo ha dado un paso significativo, y ha creado la que será la declaración trinitaria definitiva de la fe cristiana. La comparación de los términos de esta bendición con las palabras paralelas al final de su primera carta a los Corintios muestra cómo se produjo. Al final de 1 Corintios, Pablo buscó la bendición de “la gracia del Señor Jesús”, pero en esa situación prosiguió con una referencia a su propio amor por ellos, y añadió “*mi amor* sea con todos vosotros en Cristo Jesús” (1 Co. 16:23-24). Es probable que agregara estas palabras con el fin de tranquilizar a los corintios respecto al afecto que seguía sintiendo hacia ellos, porque tenía que dirigirles algunas palabras críticas en cuanto a sus actitudes y conducta.¹⁶ Ahora, sin embargo, en lugar de orar “*mi amor* sea con todos vosotros”, lo sustituye por la plegaria de que el *amor de Dios* estuviera con todos ellos. Ser amado por Pablo o por cualquier otro creyente es algo grande, pero ser amado por Dios significa ser fortalecido y lleno de poder. Con este cambio en su bendición, se añade el amor más teológica y fundamentalmente significativo de Dios a la gracia del Señor Jesucristo y, así, crea una declaración binaria que está preparada para la conclusión trinitaria.

Sin embargo, y mientras tanto, en esta segunda frase en el centro de la bendición, y también en el centro de la doctrina cristiana de Dios, se encuentra este pronunciamiento del amor de Dios. Este amor, expresado en Cristo, es el núcleo central del evangelio y el fundamento de todo amor

¹⁶ 1 Co. 3:1; 4:7-8; 5:1; 6:1; 9:1-3.

humano (2 Co. 5:14). Es único, profundo y poderoso. Conocer a Dios es estar enamorado; donde no hay Dios, no hay amor. El hinduismo tiene el *karma*, el islam tiene la ley, el budismo tiene el óctuple sendero y el secularismo tiene la autosuperación, pero el cristianismo es el único que se atreve a afirmar que hallamos nuestra salvación y el sentido de la vida en el amor incondicional de Dios. El amor es la respuesta a las preguntas más fundamentales de la existencia humana. Sin amor, nada más tiene sentido.

Son muchas las cosas que podríamos decir del amor de Dios,¹⁷ por lo esencial que es para el evangelio, pero las cuatro características siguientes son quizás algunas de las más fundamentales y necesarias.

a. El amor de Dios es eterno

Sencillamente, el amor es eterno, porque es la naturaleza misma de Dios. Como afirma el apóstol Juan, “El amor es de Dios... Dios es amor” (1 Jn. 4:7-8). Del mismo modo, Pablo es capaz de recordarles a los corintios que el “amor nunca deja de ser” (1 Co. 13:8). Agustín de Hipona (354–430 d.C.), el teólogo norteafricano cuya obra tendría una profunda influencia sobre la iglesia de las generaciones posteriores, reflexionó sobre esto y buscó explicar cómo el amor constituía la vida interior de Dios a través de las relaciones mutuas del Padre, el Hijo y el Espíritu. Explicó que el Padre es el Amante divino, Jesús es el Amado y el Espíritu Santo es el amor que existe entre ellos. La gran ventaja de esto es que nos ayuda a ver que el amor constituye ni más ni menos que la naturaleza misma de la Trinidad al definir las relaciones internas de Dios. Sin embargo, describir al Espíritu de una forma un tanto impersonal como el vínculo de amor no parece, tristemente, hacer justicia al material bíblico que habla del Espíritu en términos muy personales como alguien que ama realmente.¹⁸ No obstante, se expone la idea de que el amor fluye de la naturaleza y el ser mismos de Dios como Trinidad. El amor exige una relación, no existe por sí solo. Debe ser expresado por alguien y recibido por otro. Dicho simplemente, el amor no podría existir si Dios fuera un ser solitario, no diferenciado, en lugar de la comunidad dinámica y amorosa del Padre, el Hijo y el Espíritu. El amor existía incluso antes de que el mundo fuera creado, porque Dios es eternamente una comunidad de amor mutuo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. Dios no necesitaba al mundo para ser capaz de amar: el Dios eterno, todopoderoso, *es* amor.

¹⁷ Pablo ora para que los corintios conozcan el amor de Dios en lugar del amor del Padre, pero cuando se toma la teología de Pablo en conjunto queda claro que este amor no viene sino de Dios el Padre de Jesucristo (2 Co. 1:3; 11:31).

¹⁸ Ver Ro. 8:26-27; 1 Co. 2:10, 11; 3:16; 2 Co. 3:6; Gá. 5:18; Ef. 4:30.

b. El amor de Dios es poderoso

La característica más fundamental de este amor eterno de Dios es que busca el bien del otro. Es lo contrario a toda actitud egoísta y egocéntrica. Estas cosas son pecado y la base de todas las acciones pecaminosas. El amor alcanza al otro y está basado en la vida interna trinitaria de Dios, cuyo amor creativo y extrovertido rebotó de la comunidad divina y creó el universo. Este amor se extendió después para abrazar y redimir a la humanidad por medio de la encarnación. Sigue siendo inclusivo por cuanto Dios nos llama ahora a participar en el cumplimiento de sus propósitos, viviendo una vida de amor en la que poder alcanzar a otros.

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; porque Él hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen también lo mismo los recaudadores de impuestos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis más que otros? ¿No hacen también lo mismo los gentiles? Por tanto, sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.

(Mt. 5:43-48)

El amor es amor verdaderamente piadoso cuando se extiende a alguien que no ama, o no es capaz de amar, en correspondencia. El amor de aquellos que nos aman es lo que cualquiera puede hacer. El amor cristiano es ese amor que alcanza al otro, a aquel que es diferente, a los difíciles de amar y, en especial, al enemigo. El amor se perfecciona en esto. Las implicaciones de ello se amplían obviamente a cada ámbito de la vida, desde las actitudes personales, a través de las relaciones familiares, hasta las estructuras sociales, las acciones políticas y las preocupaciones globales.

Esto distingue el amor cristiano del sentimiento más natural y común de una persona por otra, a lo que se alude como “amor”. El amor romántico puede ser algo maravilloso y, desde luego, consta, al menos, de tres elementos comparables y diferenciables del amor cristiano. En primer lugar, el amor romántico está firmemente centrado en otra persona. Esto también es cierto en cuanto al amor de Dios, pero así como el amor romántico es exclusivo en su apego, el amor de Dios lo abarca todo y se abre a todos. En segundo lugar, el amor romántico puede, como el amor

de Dios, producir cambio. Aunque el amor romántico provoque un cambio relevante en la vida personal (y quizás en la percepción que se tenga del mundo), es el amor de Cristo el que cambia de verdad el mundo, y sigue haciéndolo porque es un amor abierto, inclusivo. En tercer lugar, el amor romántico tiene una carga intensa o emocional que puede relacionarse de forma bastante adecuada con la relación entre Dios y su pueblo. Como declaró el teólogo estadounidense del avivamiento, Jonathan Edwards: “Si las personas dejan que la verdadera luz del cielo entre en su alma, no es una luz sin calor”. La diferencia es que, aunque el amor de Dios involucra la emoción, no se *basa* en un sentimiento, sino en el curso de acción escogido. El amor existe de forma más particular cuando se ofrece a aquellos por los que se siente menos: los enemigos propios.¹⁹ El amor se basa nada más y nada menos que en la cruz de Jesucristo, que es revelación suprema del amor de Dios. Como escribió el apóstol Juan: “En esto consiste el amor... que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10).

c. El amor de Dios es constante

Es una verdad universal que todos quieran y necesiten ser amados. Es un hecho desafortunado y hasta trágico, sin embargo, que muchas personas no se sientan amadas. Cuando esto ocurre, es inevitable que lo que los impulsa sea la búsqueda de *ganar* amor en lugar del compromiso de *mostrar* amor. Esto no debería ser sorprendente, porque la verdad es que solo podemos amar en realidad cuando hemos sido amados y, por tanto, para algunos el enfoque se basa en persuadir a los demás para que nos amen. La inseguridad respecto a ser amado subyace a muchos intentos por convertirse en alguien digno de ser amado, por tener un aspecto atractivo, tener éxito en los negocios, en el deporte o en la educación, pero la realidad es que, al amarnos en Cristo, Dios nos hace ser merecedores de ser amados. Conocer el amor de Dios es ser capaz de descubrir el verdadero “yo”. Paul Tournier habló desde la experiencia cuando afirmó: “Estoy convencido de que nueve de cada diez personas que visitan a un psiquiatra no lo necesitan. Precisan alguien que los ame con el amor de Dios... y se pondrán bien”.²⁰

Sin embargo, las inseguridades humanas naturales nos dificultan el apreciar de manera adecuada el amor de Dios. Está en imposible contradicción con nuestro propio amor mediocre con el que estamos demasiado

¹⁹ Mt. 5:43-48; Ro. 5:10.

²⁰ Citado en J. B. Smith, *Embracing the Love of God*, 146.

familiarizados. En consecuencia, hasta quienes llevan unos años siendo cristianos pueden tener dificultades a la hora de permitir que este amor impregne sus vidas. Como expresa Peter Van Breemen: “Es bastante fácil creer en el amor de Dios en general, pero muy difícil creer en el amor de Dios por mí personalmente”.²¹ Nuestra confianza en el amor de Dios está obstaculizada por la consciencia de nuestra propia vida pecaminosa y por la convicción de que el pecado nos hace indignos, no solo a nuestros propios ojos y ante los demás, sino sobre todo a la vista de un Dios santo. No cabe duda de que esto se produce, en parte, por la tendencia humana general a valorar a las personas según su “bondad” y, en parte, como resultado específicamente de la enseñanza cristiana sobre la forma en que Dios odia el pecado. Sin embargo, la doctrina del pecado no debe estar sola jamás. Al mismo tiempo, uno debe tener siempre en cuenta el gran amor inmutable de Dios que vence al poder y los efectos del pecado. El puritano inglés John Owen habló sobre esto con elocuencia: “El amor de Dios en sí mismo es el propósito eterno y el acto de su voluntad. Esto es tan inmutable como Dios mismo: si no lo fuera ninguna carne puede ser salva; pero no cambia y no somos consumidos. Entonces, ¿qué? ¿Acaso ama Dios a su gente en su pecado? Sí; a su pueblo, pero no a su pecado”. Owen siguió mostrando que Dios puede cambiar en su forma de tratar a las personas; en momentos particulares, podría reprender o castigar, pero nunca cambia su actitud fundamental hacia nosotros: “¡Ay de nosotros si el cambiara en su amor o si retirara su bondad de nosotros!”. Podemos cambiar en nuestro amor por Dios: el mismo puede decaer y fluir, podemos perder nuestro primer amor y crecer de nuevo o ser “tan inestable como el agua”, pero Dios no es así. “¡Qué criaturas tan mediocres somos! ¡Qué distintos al Señor y a su amor!”.²² ¡Gracias a Dios!

Sería un grave error suponer que todos los cambios en la vida cristiana se producen como resultado de su respuesta al amor de Dios. El propósito del amor de Dios es que por gracia “Dios está obrando en nosotros para llevar a cabo sus maravillas”, y esta idea debe exponerse en primer lugar. El escritor de Hebreos lo expresó de esta forma: “Y el Dios de paz... os haga aptos en toda obra buena para hacer su voluntad, obrando él en nosotros lo que es agradable delante de él mediante Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén” (He. 13:20-21). Dios está obrando en nosotros por medio de Jesucristo.

21 Peter Van Breeman, *As Bread that is Broken* (Dimension, 1974), 15.

22 Owen, *The Works*, 31-32.

Anthony de Mello cuenta una historia sobre la necesidad de amor que tenía una persona preocupada.

Fui un neurótico durante años. Estaba angustiado, deprimido y era egoísta. Y todos me decían continuamente que cambiara. Y todos me decían sin cesar lo neurótico que era. Yo estaba resentido con ellos, estaba de acuerdo con ellos y quería cambiar, pero sencillamente no era capaz de hacerlo por mucho que lo intentara. Lo que más daño me producía era que mi mejor amigo tampoco dejaba de decirme lo neurótico que era. Él también insistía en que yo tenía que cambiar. Y yo también estaba de acuerdo con él. ¡Pero me sentía tan impotente y tan atrapado! Entonces, un día me dijo: “No cambies. Sigue como eres. En realidad, no importa que cambies o no. Te quiero tal como eres; no puedo evitar amarte”. Aquellas palabras sonaron a música en mis oídos: “No cambies. No cambies. Te amo”. Y me relajé. Y reviví. Y ¡oh maravilla, cambié!²³

Con esto no quiero decir que debemos cambiar para ser aceptados por Dios, sino más bien que podemos cambiar porque hemos sido aceptados por Él. Por supuesto, esto no significa que no tengamos un papel que desempeñar en el amor: también podemos ser nosotros quienes amemos.

d. El amor de Dios es personal

El amor es, básicamente, una relación que solo puede existir en Dios, porque Él es la Trinidad, una comunidad de amor, y porque esto es tan fundamental que el concepto de la Trinidad se convierte en el fundamento y en la estructura de todo pensamiento cristiano. Sin embargo, este asombroso hecho de que Dios sea Padre, Hijo y Espíritu no debería reducirse a una serie de doctrinas sobre la gracia, la salvación, el amor. La “Trinidad” no es tanto un concepto, sino un nombre de Dios: la Bendita Trinidad. Es correcto afirmar que “el cristianismo no es básicamente una filosofía de amor, sino una historia de amor”.²⁴

En las historias de amor, por supuesto, el amor debe ser demostrado por ambas partes. Cuando Pablo se refiere en su bendición al *amor* de Dios, no cabe duda de que el “de” debería entenderse en el primer caso como un genitivo subjetivo que alude al “amor que *procede* de Dios”. Pero esto

23 A. de Mello, *Song of the Bird* (Gujarat Sahitya Prakash Anand, 1981), 83-84.

24 Brennan Manning, *The Ragamuffin Gospel* (Multnomah, 1990), 214.

no es separable, en última instancia, del genitivo objetivo “el amor que los cristianos *tienen hacia Dios*” en correspondencia. Desde los puntos de vista gramatical, teológico y pastoral, es importante mantener juntos estos conceptos. La oración de bendición de Pablo no solo pide que el amor de Dios esté con nosotros, sino que también apela a nuestro amor como respuesta. De manera similar, la declaración de Juan “Dios es amor” tiene como implicación lógica que “Dios nos ama”. Dios nos llama en su amor y busca el nuestro a cambio, y el propósito de nuestra vida no es otro que vivir en amor con Dios para siempre. Como lo expresó G. K. Chesterton, “El amor significa amar aquello que no merece ser amado, o que no tiene virtud alguna; perdonar significa perdonar lo que es imperdonable, o lo que no tiene virtud alguna; y esperar significa esperar cuando ya no hay esperanza, o cuando no hay virtud alguna en las cosas”.²⁵

3. La comunión del Espíritu Santo

Así como la gracia es la cualidad más característica del Señor Jesús, y el amor es la naturaleza distintiva de Dios Padre, esta bendición menciona la “comunión” como el atributo más particular del Espíritu Santo. El añadido de esta frase hace que esta bendición en concreto sea única entre las saluciones y las bendiciones de las cartas paulinas. En algunas ocasiones, inicia o concluye una carta con “La gracia del Señor Jesucristo sea con vosotros”, pero la forma más habitual de oración en estas situaciones tiende a ser binaria en su forma, por ejemplo: “Gracia y paz a vosotros de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”.²⁶ Sin embargo, en este caso particular añade una tercera frase final en la que ora para que *la comunión del Espíritu Santo* esté con ellos. ¿Qué es la comunión del Espíritu?

a. *El Espíritu crea comunión*

Tener *koinōnia* (“comunión”) significa participar en algo juntos. En el uso cotidiano describe la participación de los discípulos Simón, Jacobo y Juan por la cual compartieron (o “tuvieron participaciones en”) un barco y el negocio de la pesca (Lc. 5:10). En el sentido más específicamente cristiano, se puede entender en alusión a tres relaciones entrelazadas. En primer lugar, alude a la naturaleza de la vida interna de Dios. Como con “la gracia del Señor Jesucristo” y con “el amor de Dios”, la referencia a “la comunión del Espíritu Santo” es principalmente una declaración sobre

²⁵ G. K. Chesterton, *Heretics* (John Lane Company, 1905).

²⁶ 2 Co. 1:2; ver también Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; Fil. 1:2.

la forma en que Dios existe; es decir, que Dios existe como una comunidad de gracia y amor. En segundo lugar, concierne a la comunión que los cristianos comparten con Dios por medio de la presencia del Espíritu Santo, y, finalmente, a la comunión que comparten los unos con los otros a través de la presencia mediadora del Espíritu Santo. En todos los aspectos, pues, la función del Espíritu consiste en unir y producir comunión.

Como indica John V. Taylor, la bendición no alude “al poder del Espíritu Santo” ni a “la luz del Espíritu Santo”, ni a “la pureza del Espíritu Santo”; afirma que lo hace a “la comunión”, el que el Espíritu Santo esté “en medio”.²⁷ La comunión que experimentamos en la iglesia es el resultado de este don de conocimiento que produce el Espíritu, que abre nuestros ojos para vernos los unos a los otros, y nos capacita para captar lo que nunca antes percibimos. Según Taylor, el Espíritu Santo es “la tercera parte invisible” que está entre nosotros y los demás, y nos hace mutuamente conscientes. De manera suprema y principal, nos abre los ojos a Cristo. Sin embargo, también abre nuestros ojos al hermano o la hermana en Cristo, al prójimo en necesidad y a la brutalidad desgarradora, y a la belleza del mundo que es igual de descorazonadora. El Espíritu es “el Dios intermediario”.

b. El Espíritu da vida

Un grafitero garabateó en la pared: “La vida es una enfermedad hereditaria de la que todos morimos”. Sin una participación en la vida de Dios, este es en realidad el destino de todos nosotros. La naturaleza dadora de vida del Espíritu Santo se expresa en el credo niceno, una de las grandes declaraciones ecuménicas de la iglesia que proclama que el Espíritu Santo es “el Señor, el dador de vida”.²⁸ Recibir vida es un gran regalo, pero lo que se nos da en verdad es la comunión (“una participación”) en la propia vida de Dios. Es asombroso pensar que la vida de Dios debería extenderse para incluir a las personas, pero eso es exactamente lo que ocurre. Los diversos escritores del Nuevo Testamento lo expresan de un modo distinto: Pablo recalca la unión con la muerte y la resurrección de Cristo y nuestra participación en el Espíritu; Juan se centra en la comunión con la vida del Hijo encarnado; y Pedro habla de la participación “en la naturaleza divina”.²⁹ Todos ellos hacen hincapié en la participación del creyente

²⁷ Taylor, *Go-Between God*, 17.

²⁸ En ocasiones, se conoce como el credo niceno-constantinopolitano, y es la forma del credo finalizado en el Concilio de Calcedonia (451 d.C.). Al parecer, se basó en un credo temprano bautismal de Jerusalén, y se entendía que representaba la obra anterior de los concilios de Nicea (325) y de Constantinopla (381). Hoy se le reconoce casi universalmente como declaración de fe fundamental.

²⁹ Ro. 6 y 8; Jn. 6:53-57; 2 P. 1:4.

en la vida de Dios y, por tanto, el añadido de Pablo de *la comunión del Espíritu Santo* a su bendición no es una insignificante ocurrencia tardía, porque solo a través de esta comunión tenemos vida eterna, una vida que es compartida, la comunión con Dios.

En términos humanos nos resulta difícil imaginar lo que significa participar de la vida de Dios, porque incluso cuando somos muy cercanos a otra persona —compartimos cada experiencia suya, sus gozos y sus tristezas—, seguimos viviendo de forma externa a ella y experimentamos nuestra propia vida en lugar de la suya. Sin embargo, a través de la presencia del Espíritu Santo, podemos participar realmente de la vida de Dios. Es una vida eterna; una vida sin eternidad no es digna de ese nombre. Cuando pensamos en la primera de las frases de esta bendición, uno recuerda inevitablemente las palabras del famoso himno de John Newton, “*Sublime gracia del Señor que a un infeliz salvó*”. Al reflexionar en la segunda frase de la bendición, es probable que nos venga igualmente a la mente el famoso himno de Charles Wesley que proclama “¡Asombroso amor! ¿Cómo puede ser, que tú mi Dios debieras morir por mí?”. ¡Tal vez necesitemos también un himno cuya letra cante a la *comunión* igualmente *asombrosa que Dios comparte con sus hijos!* En efecto, es asombroso y con frecuencia se descuida. Quizás nosotros identifiquemos con demasiada facilidad la comunión del Espíritu Santo con la dimensión humana de esa relación en la que, aunque sea una profunda comunión en sí misma, lo más probable es que se vea empañada por la disensión o alguna otra característica menos que perfecta. Sin embargo, no deberíamos permitir que esto nos distraiga del gran hecho de la comunión en Dios, que nuestro principal llamamiento en la vida no es otro que estar disponible para Dios, encontrarse con Él, conocerle y participar en la comunión del Espíritu Santo, vivir en Dios para siempre.

c. El Espíritu construye comunidad

El Espíritu es Dios que está de nuestra parte, en nuestra vida, guía al creyente y nos capacita para ver a Jesucristo como Señor. La posibilidad de la fe en Cristo no es humana, sino un acto de gracia, amor y comunión. Por consiguiente, tenemos consciencia del Espíritu Santo de una forma bastante diferente a la que tenemos de Jesucristo. El Espíritu no se discierne como una manifestación externa, sino *interiormente* como el medio por el cual llegamos a conocer a Dios. Conforme crecemos en fe, esperanza y amor, somos más capaces de discernir el impulso del Espíritu, aunque a veces pueda resultar difícil distinguir la dirección del Espíritu Santo de

los deseos de nuestro propio espíritu (Ro. 8:15-16). Cuando esto sucede, deberíamos recordar que el enfoque está sobre la *comunidad* del Espíritu Santo, es decir, que el Espíritu funciona principalmente *en comunidad*, y que nosotros distorsionamos realmente nuestra relación con Dios si creemos que el énfasis primordial de la obra del Espíritu está *conmigo*. No debemos excluir a los demás del proceso de escuchar al Espíritu. El papel de la comunidad es crítico y, sin embargo, bajo la influencia de la atmósfera general de la sociedad moderna, resulta fácil caer en un individualismo ruinoso y no bíblico cuando buscamos la dirección de las Escrituras o las interpretamos. Es un acto de gracia extraordinaria que Dios envía a su Espíritu para construir comunidad en nuestro mundo. Por medio del Espíritu, Dios se ha unido a nosotros para que nos unamos los unos con los otros.

Es importante equilibrar la presencia del Espíritu en la vida del individuo y en la vida de la comunidad. Por otra parte, existen peligros en percibir la presencia del Espíritu *solo en el individuo*. Están los que se comportan como los montanistas de la iglesia primitiva, un grupo fundado por Montano, un sacerdote pagano converso (155 d.C. aprox.), quien afirmaba estar poseído por el Espíritu Santo y, así, podía profetizar con autoridad. A Montano se unieron otros que también creían que solo ellos habían recibido revelaciones especiales del Espíritu que les proporcionaban un conocimiento y una verdad únicos. Por consiguiente, se separaron del resto de la iglesia. Percibían que el Espíritu los dirigía independientemente de lo que otros dijeran o hicieran, y eso condujo a la fragmentación, la división y la desunión. El movimiento montanista causó algo que podría haber sido de gran utilidad para la iglesia, el entusiasmo por la obra del Espíritu, una fuerte expectativa escatológica y un compromiso con la moralidad, pero cayó en el extremismo y la intolerancia de los demás creyentes. Esta no puede ser la obra del Espíritu que nos reunió como un cuerpo en Cristo. Los montanistas malinterpretaron su propio extremismo y entusiasmo, y creyeron que se trataba de la presencia del Espíritu. Esto también puede suceder hoy.

Por otra parte, existen peligros a la hora de identificar la inspiración del Espíritu con *la vida de la comunidad*, de tal manera que se cree que la comunidad, la institución de la iglesia, no puede equivocarse. En el periodo medieval esto llevó a una forma de cristiandad en la que la obra del Espíritu se identificó con la institución de la iglesia. Esta se volvió dominante y controló todos los ámbitos de la vida, porque se dio por sentado que todo lo que hacía era la voluntad de Dios, ya fuera con guerra

o tortura, o aunque impusiera la conversión. Hoy ha surgido otra situación al ser evidente que ha existido un considerable atropello de posición y poder en el seno de la iglesia en el abuso sexual de niños y mujeres, y en aquellos con relaciones dependientes. Ciertamente, los individuos que perpetraron estos abusos deben cargar con gran parte de la responsabilidad, pero lo que permitió que el pecado individual se convirtiera en una tragedia a gran escala es el hecho de que muchos se negaran a creer que tales cosas podían suceder dentro de la iglesia. Otros no pudieron ver que tenían la responsabilidad de actuar de forma decisiva para acabar con estas acciones, e incluso hubo quienes participaron como tapadera para proteger la culpabilidad. Es evidente que a muchos les resultó difícil creer que pudiera existir semejante pecado en el seno de la iglesia. Estas cosas no surgen de la voluntad de Dios ni de la obra del Espíritu, sino de los pecaminosos fallos de los seres humanos. Debe aceptarse que la iglesia puede verse afectada por el mal, que no hay nadie sin pecado. Ninguna institución o persona es perfecta, y siempre necesitaremos al individuo profético, inspirado, para que le hable a la iglesia. Sin embargo, ni siquiera el individuo que habla de esta forma está al margen ni separado de la iglesia. No hay creyente que no forme parte de la comunidad de Dios. En cada aspecto del discipulado cristiano, necesitamos *la comunión del Espíritu Santo*; es en la comunidad donde obra el Espíritu.

La bendición concluye con la oración de que la gracia, el amor y la comunión de Dios estén *con todos vosotros*. Aunque Pablo pudiera haber tenido tan solo a la comunidad corintia en mente cuando escribió sobre el “vosotros”, hace mucho que se reconoció la bendición como un resumen del evangelio adecuada para un uso más amplio, en especial como bendición final en los cultos de adoración. En ese contexto, debería ser siempre más que una forma de anunciar el final del culto. Lo único que podemos hacer es permitir que esta oración trinitaria resuma nuestra adoración y se convierta en la teología que está en el cimiento de nuestra vida cristiana. Significaría que nuestra relación con Dios es una relación dinámica y personal de amor, posibilitada por la gracia de Jesucristo, e intermediada por la comunión del Espíritu Santo. Esto sería, en efecto, una bendición para nosotros y para el mundo.

Guía de estudio

┐

1. “En la actualidad, es un problema que muchos cristianos no piensen o no hablen en términos de la Trinidad” (p.52). ¿Puedes pensar en algún ejemplo de esto?

2. ¿Es la frase “la gracia del Señor Jesucristo” una oración o una declaración? ¿Por qué?

3. ¿Qué significa para ti la palabra “gracia”? ¿Cómo aumenta lo que el autor expone aquí tu entendimiento de lo que la Biblia tiene que decir sobre esto?

“En la vida cristiana, nada queda fuera de la órbita de la gracia de Dios” (p. 55).

4. “Nunca exageraremos al estimar la importancia de este asombroso hecho” (p.56). ¿A qué está refiriéndose el autor?

5. ¿En qué maneras es trinitario el nombre “el Señor Jesucristo”? ¿Por qué es tan importante?

6. ¿Qué es “un reto para la forma en que cada ser humano considera las cosas” (p.57)? ¿Cómo te desafía a ti?

7. ¿Qué cuatro características del “amor de Dios” menciona el autor aquí?

8. ¿Qué distingue al amor cristiano del amor romántico?

9. “Es bastante fácil creer en el amor de Dios en general, pero es muy difícil creer en el amor de Dios por mí personalmente” (Peter Van Breemen, citado en p.62). ¿Por qué es este el caso? ¿Cómo ayuda lo que dice el autor?

10. ¿A qué “tres relaciones entrelazadas” (p.64) se refiere la palabra *koinonia*?

11. ¿En qué formas es el Espíritu “el Dios intermediario” (p.65)? ¿Es así como piensas tú sobre Él?

12. ¿Qué se descuida con frecuencia (p.66)? ¿Qué significa esto en la práctica?

13. “El papel de la comunidad es crítico...” (p.67). ¿Para qué? ¿Por qué es esto importante?

14. ¿Por qué es importante “equilibrar la presencia del Espíritu en la vida del individuo y en la vida de la comunidad” (p.67)? ¿Cómo piensas que podemos mejorar esto?

“Lo único que podemos hacer es permitir que esta oración trinitaria resuma nuestra adoración y se convierta en la teología que está en el cimiento de nuestra vida cristiana” (p.68).

andamio

Libros para tu vida

La **misión** de Andamio es publicar y difundir literatura que, desde una perspectiva bíblica, contribuya al desarrollo integral de la persona, la iglesia y a la transformación de la sociedad.

Somos la editorial de los **Grupos Bíblicos Unidos (GBU)** y nacimos en 1987. Los GBU iniciaron su camino en el mundo de la literatura cuando un grupo de estudiantes universitarios puso en marcha (1974) una revista muy sencilla a nivel de producción, pero muy rica en contenidos. Desde ese comienzo un tanto “inesperado”, con pocos recursos pero con muchas ganas, hemos ido creciendo hasta el día de hoy.

Andamio ha sido y es el resultado del trabajo y **colaboración de muchas personas**, unido a la **ayuda de Dios** a lo largo de todo este camino.

COLOFÓN

andamio editorial

Alts Forns nº 68, sòt. 1º
08038 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 432 25 23

libros@andamioeditorial.com
www.andamioeditorial.com

Andamio es la editorial de los Grupos Bíblicos Unidos en España, que a su vez es miembro del movimiento estudiantil evangélico a nivel internacional (IFES), cuya misión es hacer discípulos y promover el testimonio de Jesús en los institutos, universidades y centros de trabajo.

TRADUCCIÓN
Loida Viegas

CORRECCIÓN
Miguel Llop

DIRECCIÓN DE ARTE DE LA COLECCIÓN
Sr. y Sra. Wilson

MAQUETACIÓN
Sr. y Sra. Wilson

DEPÓSITO LEGAL
B. 21841-2019

ISBN
978-84-120694-1-9

IMPRESO EN ULZAMA
IMPRESO EN ESPAÑA

El mensaje de la Trinidad

The Message of the Trinity
Brian Edgar, 2004

Todos los derechos reservados. Esta traducción de *The Message of the Trinity* publicada primeramente en 2004 se publica con el permiso de Inter-Varsity Press, Nottingham, Reino Unido.
www.ivpress.com

Prohibida la reproducción total o parcial
sin la autorización de los editores.

